

## EL CHICO DEL CORAZÓN.

Dicen que si no consigues comerte las doce uvas, no tendrás un año con suerte. Aún conociendo el designio que se repetía como un mantra nochevieja tras nochevieja era difícil no acabar escupiendo las uvas en el mantel, lo que no podría llegar a imaginarme que ese año que se proponía "redondo" como su nombre pudiera esconder tantas espinas. Mentiría si digo que aquella situación de diciembre que siempre me había parecido cómica se revolviera de forma insufrible en mi cabeza: *¿En serio? ¿esto realmente está pasando?*

Fueron días de no creer en lo que estaba ocurriendo, horas mirando por la ventana, con el teléfono tan cerca del oído como del corazón, esperando que no sonara para dar malas noticias. El cristal se había convertido en la única mirada al mundo exterior, la burbuja que nos protegía de un peligro invisible, no apto para incrédulos. Lo que se había transformado en realidad era esa película de miedo anunciada que me negaba a protagonizar.

Pero sucedió en el momento en que el móvil sonó a las 2 de la mañana y fue en ese mismo instante cuando intuí que me había "tocado". La ruleta del azar nos había elegido. Llevaba días creyendo pensar que todo lo que aparecía en las noticias sería ajeno a mi y a mi entorno (*-eso solo le pasa a otros- me había repetido*). Mas la situación no se dibujaba tan alejada de los míos, al contrario, nos estaba acorralando y parecía no dar tregua. Un día, en el pueblo vecino; otro día, en la calle de enfrente; el martes, el tendero del supermercado... Y de repente, despiertas de ese fingido ensimismamiento, cuando mientras parecías dormir y soñar una noche, vibra el teléfono, y con él, tus esperanzas:

*iJoder, joder! Pero, ¿cómo ha podido contagiarse mamá?. Bueno quizás no sea esto... entonces.... ¿tú no puedes ir?... Entonces.... ¿Se la llevan?... entonces...*

Y es en ese preciso segundo cuando saltas de la cama y te mal vistes con lo primero que encuentras en el sillón del dormitorio. Arrancas el coche aún siendo consciente, porque te lo han repetido varias veces, por activa y por pasiva, que no vas a poder verla, ni tocarla, ni hablarle siquiera. Aún así, localizas el amarillo de la ambulancia que sale de casa de tus padres y tomándolo de referencia, no lo pierdes de vista evitando así que la lluvia que cae en la noche cerrada te distraiga de tu diana. Quizás confías en llegar a tiempo de verla. Aunque sea un fugaz instante. Pero solo consigues alargar tu mirada y buscar el punto de encuentro con sus ojos, que desaparecen tan rápido como la camilla lo hace a través de la puerta que se abre y vuelve a cerrarse. Tan rápido como las ambulancias que llegan y se van. Y se desvanece delante de tus ojos la mujer que te cuidó tantas veces sin poder tú resarcirla el día que más necesita de los tuyos. La lluvia que te empapa ya se ha encargado de fabricarte las lágrimas. No hace falta que llores.

### **LA ENFERMERA DE LA LUZ AMARILLA.**

*Otro aviso más y el corazón empieza a acelerarse. El miedo es insufrible pues la incertidumbre es máxima. ¿Qué está pasando?. Sin cruzarnos una sola palabra sabemos que nos lo preguntamos porque la expresión de nuestras caras nos delata. Somos cuatro en el centro de salud, a dos nos toca subir al caballo de batalla. Por el camino "olvidaron" darnos las armaduras y nos enfrentamos al dragón sin protección alguna. Son las dos menos diez de la mañana y un señor de unos 70 años nos llama desconsolado. Su mujer, apenas responde, no respira bien, se ahoga. Acudimos al domicilio para llevarla al hospital. Mientras cerramos la puerta de la ambulancia observo la cara desconsolada de aquel hombre en pijama, desconcertado y pálido. Sus ojos están llenos de incompreensión y no se que decirle. No me salen las palabras y soy incapaz de insuflarle alguna expresión de ánimo. ¿Acaso yo lo tengo?. En el camino he advertido que justo detrás de nosotros un coche no pierde nuestro rastro. Sigue nuestra estela de luz amarilla. Al llegar al hospital descubro que es un chico joven, que*

*empapado intenta buscar el consuelo en el rostro de la mujer que llevamos en la camilla. No puede acercarse y aunque las puertas se cierran, él sigue ahí como si aún quedará esperanza. Le he dado la mano a aquella mujer asustada. No puedo hacer otra cosa salvo coger su mano fría y temblorosa. Lo triste es que no ve mi sonrisa que queda por debajo de la mascarilla.*

Es entonces, a partir de aquella noche, cuando tu ficción empieza a cambiar pues pasa de ser la de otros a convertirse en tu propia película. Un film de terror. Como aquellos que cuentan historias que solo le pasan a otros. "A mi no puede pasarme". Los días comienzan a ser más largos de lo que ya eran y entre la angustia de la llamada de la mañana y los aplausos vespertinos, los días pasan en la distancia y en la pena de no poder abrazar a los tuyos: *Cuando más falta hacen esos abrazos... cuando más se echan de menos... ¿en qué pensaba yo cuando no los dí?*

## **EL ÁNGEL CON BATA BLANCA**

**Otra ronda más en el infierno. Como cada día paseo enfundada en plásticos que rozan el suelo y chirrían en el silencio de la noche. En las habitaciones del hospital ya no caben más pacientes. Paso a ver a diario a aquellos que tengo asignados pero cada día ingresan nuevos y las jornadas terminan siendo inabarcables. Mis ojos se transforman justo cuando entro en sus habitaciones, no quiero que nadie perciba que justo antes, en el largo pasillo me ha dado tiempo de llorar de angustia. Pero dentro no, porque cuando les mire, he de inspirarles ánimo pues son mis ojos lo único que ven. En la habitación 201 descansa una mujer que me recuerda a mi madre. Me gusta darle la mano cuando la visito. Le acaricio el pelo para que no sienta la soledad y ella me lo agradece con una media sonrisa. En la mesita tiene su móvil y en la funda, por detrás, me fijo en una fotografía de un chico joven enmarcada en un corazón que ella misma tuvo que dibujar. Pienso en él y en**

**su sufrimiento por no poder estar cogiendo la mano que yo acaricio y eso me rompe por dentro. Esto es horrible. Para más dolor el teléfono suena con rabia y no puedo cogerlo. No soy capaz.**

Ese día fatídico volvía a llover, lo recuerdo bien. No era un día ni distinto ni parecido a otro antes del 14 de marzo cuando nos confinamos. Sólo se que llovía porque el número lo he borrado de mi mente. Creo pensar que comenzó a llover porque el cielo se puso triste y no pudo contener las lágrimas. Todo se quebró justo cuando el teléfono sonó. Las gotas rompían su silencio al chocar contra el cristal de la ventana. Sí. La misma ventana por la que estuve mirando diez eternos días buscando cómo poder ir a buscarla y rescatarla. Pensé que se sabría vencedora y lograría escapar del mayor de los peligros. Pero no fue así y aquella misma mañana la batalla acabó perdida.

Derrotado, pegué mi cara al cristal con rabia, y el vaho que resultó sólo me dejó dibujarle un corazón, señal de que no podía quererla más...

### **EL PAPEL DEL CORAZÓN PINTADO.**

Tras un mes sin fuerzas decidí abrir el pequeño paquete que llegó a casa con las cosas de mi madre. Antes no había tenido ni ganas ni aliento para poder hacerlo. Aparte de las cuatro pertenencias que pudo llevarse aquella noche me llamó la atención una pequeña hoja doblada en cuatro partes, en la parte más visible, pintado un corazón casi idéntico al que mi madre pintaba encima de las fotos de los suyos. No alcanzaba a imaginar que ella hubiese podido llegar a escribir nada en esos días de hospital y las dudas se resolvieron al abrir el escrito y ver que no se correspondía con su letra tosca. Al contrario, alguien con una fina caligrafía se dirigía a mi:

**“Hola chico del corazón. He de suponer que escribo sobre tu madre porque nadie dibujaría algo tan hermoso encima de una fotografía si realmente no lo amara con fuerza. Son días horribles, llenos de pena y tristeza, de pasillos oscuros y lamentos eternos, pero me gustaría decirte que he estado cuidando de ella. El día que ingresó, la enfermera de la ambulancia la traía cogida de la mano y a partir de ahí supe que tu madre esperaba que yo continuara haciendo lo mismo. Y cumplí mi tarea. Así que todos los días, a la misma hora pasaba a su habitación, le cogía la mano y ella me compensaba con un tímida y débil sonrisa. Me hubiese gustado estar más tiempo a su lado pero me era imposible sacar más momentos de los que la situación me dejaba. Aunque quiero que sepas que nunca, nunca, falté a mi cita con ella. Sé que no compensa el dolor que soportáis, ni el abrazo ni el beso que no le distéis, ni la despedida que no hubo. Que es justo que la rabia del “ella no debía haberse ido” inunde vuestro pensamiento, pero, créeme, aunque no le dijeras ADIOS, estuvo abrazada hasta el último momento.”**